



RICHARD A. BILLOWS

MARATÓN

CONOCE LA HISTORIA
REAL DETRÁS DE LA SAGA



Ariel

MARATÓN

EL ORIGEN DE LA LEYENDA

Richard A. Billows

Traducción de Francisco García Lorenzana

Ariel

Índice

Mapas.	9
Árboles genealógicos	17
Prefacio.	23
Introducción. La leyenda de Maratón	25
Capítulo 1. Los antiguos griegos en los siglos VII y VI a.C.	49
Capítulo 2. El ascenso del Imperio persa.	95
Capítulo 3. La ciudad-estado de Atenas hacia 500 a.C.	123
Capítulo 4. La escalada del conflicto entre persas y griegos.	153
Capítulo 5. La batalla de Maratón	179
Capítulo 6. Las consecuencias de la batalla de Maratón	205
Cronología de los acontecimientos más importantes en la Grecia antigua y en el Imperio persa	229
Glosario de términos	235
Bibliografía comentada.	241
Bibliografía	253
Agradecimientos	265
Índice analítico	267

Capítulo 1

Los antiguos griegos en los siglos VII y VI a.C.

La civilización clásica griega empezó con Homero. Los poemas épicos homéricos —la *Ilíada* y la *Odisea*— fueron compuestos originalmente con casi toda seguridad en la segunda mitad del siglo VIII a.C. Rápidamente se convirtieron, en su redacción definitiva, en la «biblia» de los antiguos griegos, en especial la *Ilíada*; y siguieron siéndolo hasta que fueron reemplazadas por la *Biblia* cristiana en el siglo IV d.C. Esto es lo mismo que decir que durante los siglos VII, VI y V a.C. y con posterioridad, los hombres griegos eran educados con los poemas épicos homéricos, contemplando las historias que se reflejaban en ellos como sus orígenes culturales, y considerando los valores y los ideales expresados en ellos como una autoridad suprema.

HOMERO Y EL ESPÍRITU COMPETITIVO EN LA CULTURA GRIEGA

Para comprender la antigua cultura griega es importante tener en mente que los poemas épicos homéricos eran épicas militares: la *Ilíada* se centraba en la guerra y en los logros del más grande de todos los guerreros griegos, Aquiles; y la *Odisea* relataba la vuelta a casa de un guerrero (de Odiseo [Ulises]) después de una larga ausencia en la guerra, y su venganza contra todos aquellos que habían mancillado su «casa» durante su ausencia. De los poemas épicos homéricos los griegos aprendieron a valorar por encima de todo las virtudes marciales y un espíritu intensamente competitivo. Porque la virtud, en Homero, está muy conectada con la destreza marcial y con la competición por el estatus y la primacía. Los héroes retratados en las épicas homéricas luchan

por ser los mejores, para demostrar su *aristeia*, un término que literalmente significa «ser el mejor», de la palabra griega *aristos* que significa «mejor». Los griegos aprendieron de Homero a competir por el honor y el estatus, a luchar por ser el mejor en todas las ocasiones, y a percibir el hecho de ser el mejor de una forma muy guerrera, de destreza física. Por ejemplo, el héroe Aquiles era universalmente reconocido como «el mejor de los aqueos» (es decir, de los griegos). Cuando analizamos las cualidades que lo convierten en el mejor, no encontramos ninguna sugerencia de bondad moral como posteriormente —después de Platón, y en especial después del cristianismo— se entendería el concepto: Aquiles era el más alto, el más fuerte, el más guapo, el corredor más rápido, el mejor luchador, era propietario del mejor carro de guerra con los caballos más rápidos, y era todo esto lo que lo convertía en «el mejor», no su carácter moral. Su excelencia superlativa consistía en sus extraordinarias características, atributos y cualidades físicas y combativas.

La necesidad de ser el mejor lleva inherente la aparición de un espíritu competitivo. El mejor significa mejor que los demás. Para un líder homérico nunca era suficiente con ser bueno: tenía que ser mejor que los demás. Existía un deseo constante de competir por el estatus relativo, y la forma de probar la *arete* (excelencia, más tarde entendida como virtud) de uno era mostrándose mejor que los demás, derrotando a alguien, ya fuera un guerrero enemigo en un duelo, o a un guerrero aliado en logros. Como los guerreros aliados no podían luchar y matarse entre sí, era necesaria una forma de competición que limitara el peligro de un resultado letal, que se encontró en la competición atlética.

El ejemplo más notable en la *Ilíada* son los Juegos Funerarios que Aquiles celebró por Patroclo, en el que los guerreros griegos compitieron para demostrar quién era el mejor en una serie de pruebas físicas: carrera, lucha libre, lucha con lanzas, puntería con el arco, boxeo y carrera de carros. Los premios se recibían por logros extraordinarios —ganar o llegar segundo o tercero— y dichos premios se consideraban símbolos de honor y estatus. De forma similar, se otorgaban premios a los principales guerreros por sus logros en la guerra: la ira de Aquiles, que forma la base de la trama de la *Ilíada*, fue provocada porque el rey principal Agamenón le quitó los premios que Aquiles había ganado por su valor, y por eso mancilló su honor. El honor tiene que ser protegido y acrecentado de forma constante: cuando Ulises, en la tierra de

los feacios, declaró que no estaba dispuesto a participar en una competición atlética, se burlaron de él hasta que se vio obligado a proteger su honor y mostrar su «ser el mejor» batiendo a todos los feacios en la competición de lanzamiento. El término griego para competición era *agon*, que es la raíz de la palabra «agonía» y el espíritu «agónico» (competitivo) que impregnó siempre a la cultura griega es una de las claves para comprender la naturaleza de la sociedad griega y de la forma de vida griega.

Esta competitividad no era sólo una preocupación aristocrática. Una generación después de Homero, el poeta Hesiodo compuso su poema épico *Los trabajos y los días*, idealizando la forma de vida de la clase de los campesinos independientes en Grecia. Como los «héroes» aristocráticos, los pequeños agricultores de Hesiodo aparecen descritos infundidos de un intenso espíritu competitivo, aunque la competición no era para ellos tanto por el honor como por la riqueza relativa. Hesiodo constata que existen dos tipos de *eris* o conflictos, los buenos y los malos. Los malos —el sentido más habitual de *eris*— eran los conflictos que destruían una comunidad a causa de una lucha insana y violenta por el poder y la posición. Pero el tipo bueno de *eris* era el deseo de batir al vecino, lo que provocaba que el alfarero compitiera con el alfarero, el herrero con el herrero, para ver quién podía tener más éxito. Hesiodo amonestaba a los campesinos y a los artesanos para que trabajasen duro, para que compitiesen entre ellos por el éxito y para que se intentasen batir los unos a los otros. El objetivo que fijaba era ser capaz de comprar la tierra del vecino, en vez de que fuera el vecino el que comprase la tierra de uno. En definitiva, se trata de una competición muy dura, porque la tierra y el estatus estaban profundamente conectados en la cultura y la sociedad griegas, y los hombres sin tierra se encontraban en lo más bajo de la escala social.

Muchos de los aspectos más admirados y más criticados de la cultura clásica griega derivan de este espíritu universal de competición. Por un lado, los extraordinarios logros militares, políticos y culturales por los cuales los antiguos griegos han sido admirados a lo largo de la historia fueron motivados por la competición mutua. Por el otro lado, la violencia constante que hizo descarrilar la historia griega —guerras interminables entre las ciudades griegas, y frecuentes luchas civiles dentro de las ciudades griegas— derivan también de esa misma intensa competitividad.

El énfasis de Hesiodo en la competición por la propiedad de la tierra es especialmente remarcable. Grecia es un país muy mon-

tañoso, y más del 80 % de su tierra continental es tan rocosa y montañosa que resulta inútil para la agricultura. En consecuencia, la tierra productiva era un bien escaso y valioso, y la competición por la propiedad o el control de la tierra productiva no era sólo una competición pacífica entre agricultores que trabajaban duro. Buena parte de la historia política de las ciudades-estado griegas, con sus guerras crónicas de las unas contra las otras, se explica por la rivalidad por el control de la tierra cultivable. Dicho de forma sencilla, los estados griegos solían desarrollar rivalidades fuertes y frecuentemente hostiles por el control de los territorios fronterizos, con el resultado de que las disputas fronterizas resultaron endémicas a lo largo de la historia griega. Los estados vecinos en Grecia eran prácticamente siempre enemigos en lugar de amigos, porque en vez de compartir una historia de cooperación, compartían una historia de disputas fronterizas y de episodios bélicos.

Además, en la misma ansia de tierras, riqueza y, en consecuencia, poder, los estados griegos más grandes con frecuencia intentaban dominar o incorporar a vecinos más pequeños, provocando relaciones hostiles; y los estados más grandes competían por el predominio regional con todos los demás, llevando inevitablemente a la guerra. Ejemplos de estas características de la relaciones interestatales griegas son habituales y muy bien conocidas: estados vecinos como Corinto y Megara, Eretria y Chalquis, Samos y Priene por nombrar a sólo unos pocos tenían disputas fronterizas de larga duración que envenenaban sus relaciones. Estados más grandes como Argos y Tebas intentaban dominar o incorporar vecinos más pequeños como Cleonai, Sición o Epidauró en el caso de Argos, Platea, Tespeia o Tanagra en el caso de Tebas, provocaban hostilidades frecuentes. Y los estados grandes como Esparta y Argos, Atenas y Tebas competían por el dominio en el Peloponeso y en la Grecia central respectivamente, provocando siglos de hostilidad mutua y guerras frecuentes.

En definitiva, al igual que los individuos griegos, los estados griegos se veían envueltos en una lucha competitiva constante por ser los mejores. Y ser el mejor se medía por el poder, la riqueza y sobre todo la cantidad de territorios y asentamientos que controlaba un estado. La guerra constante entre los estados griegos mantuvo la presencia continuada del sistema de valores homérico en la vida griega, y conservó las virtudes militares como las virtudes más importantes que enseñaba la moral griega. Por muy destructivo que pudiera ser este estado de guerra por el predominio, y

frecuentemente lo era, tuvo el efecto de convertir a los griegos en unos luchadores duros con una determinación feroz para defender la independencia personal y de sus respectivas comunidades. A lo largo de la historia clásica griega, los griegos se resistieron ferozmente a quedar subordinados a otros, a tener que obedecer las órdenes de otros, y en especial a tener que pagar impuestos o tributos (de recursos que nunca se consideraron nada más que adecuados) a los demás.

En la época en la que el Imperio persa empezó a surgir a mediados del siglo VI a.C. e inició su expansión, intentando someter a los griegos y a las tierras griegas, los griegos llevaban a sus espaldas más de 150 años de guerra interna que les había inoculado la dureza y los peligros de la batalla y les había enseñado un sistema militar muy efectivo. Por el otro lado, el odio mutuo entre los griegos era una debilidad que los persas podían e intentaban explotar, en la estrategia clásica del «divide y vencerás». Por eso quiero enfatizar de nuevo que el sistema de valores homérico y la sociedad y los valores competitivos y marciales que forjó eran a la vez una fuente de fortaleza y una fuente de debilidad para los griegos, y resultaba una cuestión muy abierta si prevalecería la fortaleza o la debilidad.

APRENDIENDO DEL ORIENTE CERCANO

Los griegos que tuvieron que resistir la presión persa, aunque con la guía de Homero en sus pensamientos y valores, tenían tras de sí doscientos años de desarrollo desde los días de Homero. Durante estos siglos los griegos habían explorado y aprendido de otras culturas y tierras del más amplio mundo del Mediterráneo y el Oriente Próximo, habían creado unas estructuras muy organizadas y cohesionadas de ciudades-estado dentro de las cuales un amplio segmento de los ciudadanos compartían derechos políticos e ingresos, habían desarrollado una cultura única y diferenciada que les otorgaba el sentido de ser un pueblo especial, y habían desarrollado un sistema militar que fomentaba la disciplina colectiva, el peligro compartido y una formación masiva fundamentada en miles de hombres equipados de forma similar con fuertes armaduras defensivas y determinación para resistir y luchar.

En la época de Homero, unos 300 años después del colapso de la gran civilización griega de la Edad del Bronce —la llamada

cultura micénica—, Grecia había sido durante mucho tiempo una tierra empobrecida y poco poblada sin contactos con las tierras y los pueblos que la rodeaban. Los estudiosos modernos se refieren con frecuencia a esos aproximadamente 300 años, desde alrededor de 1050 a.C. hasta más o menos 750 a.C., como la «Edad Oscura» de Grecia. Pero hacia 750 a.C. estaban en marcha cambios importantes que iban a transformar a Grecia y a los griegos durante los siguientes 200 o 250 años.

Para empezar, la población de Grecia estaba creciendo constantemente en el siglo VIII a.C.: de hecho, crecía a una tasa que casi se podría llamar una explosión demográfica. Excavaciones arqueológicas en Grecia han mostrado que el número de asentamientos habitados permanentemente en Grecia estuvo creciendo constantemente y a pasos agigantados en los siglos VIII y VII, y que también creció el tamaño medio de los asentamientos. Claramente, más asentamientos y más grandes sólo aparecerían para alojar a una población en crecimiento. Sin embargo, ya en 750 el crecimiento demográfico empezó a sentirse como un problema en el terreno restringido de Grecia, con sus limitados recursos alimenticios. Así, a partir de 750, los griegos empezaron lo que los historiadores llaman un «movimiento colonizador». Bandas de griegos abandonaron sus comunidades de origen para viajar por el Mediterráneo, en barco, en busca de nuevas tierras en las que asentarse. Cientos de nuevas comunidades griegas fueron fundadas como resultado de este «movimiento»: en el Mediterráneo occidental, alrededor de la costa oriental y meridional de Sicilia, a lo largo de la costa meridional y subiendo por la costa occidental de Italia, y a lo largo de la costa meridional de Francia; en el Mediterráneo oriental, la región llamada Cirenaica en la Libia actual (llamada así por la primera colonia de la antigua Grecia que se estableció allí: Cirene), y la costa septentrional del Egeo; y más allá de la cuenca mediterránea, alrededor de las costas del mar Negro y su zona de influencia. El mundo griego se expandió y enriqueció enormemente con este movimiento colonizador, y decenas de miles, probablemente de hecho cientos de miles de griegos fundaron sus nuevos hogares y asentamientos fuera de la propia Grecia.

Aun así, los asentamientos en la misma Grecia siguieron aumentando en número y tamaño, indicio de que el crecimiento demográfico superó el gran movimiento migratorio hacia las nuevas colonias. Nos podemos preguntar cómo se vio impulsado y

alimentado este crecimiento continuo de la población. También nos podemos preguntar cómo los empobrecidos y retraídos griegos de la «Edad Oscura» pudieron conseguir, después de 750, los conocimientos y habilidades marítimas para encontrar tierras al otro lado del mar, para asentarse y para mover un vasto número de colonos hacia esas nuevas tierras. La respuesta a ambas cuestiones es la misma: se remite a la voluntad y la habilidad griegas para aprender de vecinos más avanzados al este y al sur, y a desarrollarse ellos mismos desde el punto de vista cultural, social y económico a partir de lo que habían aprendido. Grecia se encontraba justo al borde de las grandes y antiguas civilizaciones del Oriente Cercano y Medio: los egipcios, los babilonios y los asirios, los pueblos de Siria y Palestina. Durante siglos los griegos habían estado casi completamente aislados de estas civilizaciones, pero durante los siglos IX y VIII los barcos mercantes de las ciudades de los fenicios —las ciudades de Tiro y Sidón, Biblos y Berytos (Beirut) en el Líbano moderno— estaban explorando el Mediterráneo occidental y estableciendo rutas comerciales y puestos mercantiles a lo largo del camino hacia España y el noroeste de África, hasta el estrecho de Gibraltar e incluso más allá hacia el Atlántico. Los barcos fenicios a veces se detenían a lo largo de las costas de Grecia buscando suministros, y comerciando con cualquier producto local que los griegos pudieran producir en exceso, a pesar de lo escasos y poco impresionantes que dichos productos fueron en un principio.

Los griegos quedaron impresionados por los conocimientos y la riqueza de esos fenicios, por lo que podemos deducir de las frecuentes referencias de Homero a los mercaderes fenicios; y antes de que pasase mucho tiempo los aventureros griegos empezaron a aprender de los fenicios: construyendo barcos, navegando por aguas del Egeo y del Mediterráneo, y siguiendo a los fenicios a lo largo de sus rutas comerciales hacia el este y el oeste. Siguiendo las rutas comerciales fenicias hacia el oeste, los griegos encontraron las relativamente «poco civilizadas» y escasamente pobladas, aunque ricas tierras de Sicilia, Italia y el sur de Francia, y se sintieron motivados para emprender la colonización de esas costas, como ya hemos visto. Sin embargo, de una importancia similar, si no mayor, siguiendo a los fenicios de regreso a sus puertos de origen en el Mediterráneo oriental, los griegos entraron en contacto directo con las culturas más avanzadas de Egipto y Asia occidental por primera vez en siglos. El resultado fue un florecimiento ex-

traordinario de la civilización y la cultura griegas, puesto que los griegos aprendieron con ansia de las antiguas civilizaciones del este. A medida que aprendían, adaptaban y mejoraban, creando así una cultura propia y única.

Por ejemplo, una de las primeras cosas que los griegos tomaron prestado fue el sistema de escritura fenicio. Desde el final de la Edad de Bronce y el abandono del sistema de escritura silábico del Lineal B, los griegos no habían tenido escritura. El contacto con los fenicios condujo al descubrimiento de que estos orientales altamente civilizados tenían un método de registrar la información mediante la realización de unas marcas especiales en trozos de papel fabricado con fibra de papiro, o en tabletas de madera cubiertas con cera, o en tabletas de arcilla.

El sistema de escritura fenicio era puramente consonántico: no existían símbolos para los sonidos vocálicos. En consecuencia, un documento escrito consistía únicamente en una serie de consonantes, una especie de artefacto mnemotécnico en el que el lector debía insertar, a base de memoria o deducción, los sonidos vocálicos correctos con el fin de formar las palabras reales que se pudieran decir en voz alta. Cuando algunos griegos emprendedores aprendieron este sistema de escritura e intentaron adaptarlo a la lengua griega, realizaron un descubrimiento y tuvieron una idea. El descubrimiento era que ciertos símbolos en el sistema de escritura fenicia representaban sonidos consonánticos que no se utilizaban en griego; la idea fue utilizar estos símbolos para representar en su lugar los sonidos vocálicos. Así se creó el alfabeto griego, el primer sistema de escritura verdaderamente alfabético del mundo, en el sentido de que todos los sonidos que se pronuncian en una lengua eran recogidos en la escritura, una escritura que de esta forma se podía leer y pronunciar directamente desde el texto escrito. La importancia de esta adaptación que los griegos hicieron del sistema de escritura fenicio no se puede exagerar con facilidad: el alfabeto griego de entre 24 y 30 letras (existieron variantes del mismo en los primeros siglos) era tan fácil de aprender que hizo por primera vez posible la extensión de la alfabetización; y todos los alfabetos occidentales modernos, los alfabetos latino y cirílico al igual que el moderno alfabeto griego, son descendientes directos del antiguo alfabeto griego que fue creado alrededor de 800 a.C.

La forma en la que los griegos no sólo tomaron prestado el sistema de escritura fenicio, sino que lo adaptaron y mejoraron

resulta un ejemplo típico de cómo los griegos aprendieron de las culturas orientales avanzadas en esta fase llamada «orientalizante» de la historia griega, entre aproximadamente 750 y 600 a.C. Arquitectura monumental en piedra, escultura, metalurgia, pintura, agricultura, navegación, construcción naval, religión: en todas éstas y otras disciplinas, los griegos tomaron prestadas ideas, técnicas, métodos, motivos y conocimientos prácticos de Egipto y de Oriente Próximo, y en cada uno de estos casos rápidamente desarrollaron y mejoraron lo que habían tomado prestado y lo que habían aprendido, convirtiéndolo en algo propio. La urgencia por mejorar estuvo provocada sin lugar a dudas, al menos en parte, por la naturaleza intensamente competitiva de la cultura griega que ya hemos descrito: como individuos y como comunidades, los griegos se veían impulsados a ser mejores que todos los demás, a sobresalir, y ese impulso hacia la excelencia condujo a una urgencia constante para probar cosas nuevas, para adaptar y para mejorar. Como ha señalado el destacado arqueólogo e historiador Anthony Snodgrass, esta época en la historia griega fue la «era de la experimentación» y fue la experimentación constante con ideas y métodos nuevos lo que creó la sociedad y la cultura de la Grecia clásica.

Gran parte de la atención que los historiadores han dedicado a esta fase del aprendizaje griego de las civilizaciones avanzadas del Oriente Próximo se suele centrar, de manera bastante comprensible, en temas culturales: el desarrollo de la arquitectura griega, la escultura y las artes decorativas bajo el impacto de los modelos de Oriente Próximo. Sin embargo, tan importante, si no más, fue el desarrollo económico que experimentó Grecia bajo el impacto del contacto con Oriente. Al seguir las rutas comerciales fenicias hacia el oeste, los griegos se abrieron a un mundo completamente nuevo de posibilidades económicas mediante la adquisición de los abundantes recursos naturales disponibles en las regiones del Mediterráneo occidental: grano, madera y metales fueron sin duda los más importantes de estos recursos.

Mediante la colonización extensiva del Mediterráneo occidental, los griegos consiguieron un acceso garantizado a estos recursos y desarrollaron rutas comerciales seguras, compitiendo con y hasta cierto punto expulsando a los intermediarios fenicios a través de los cuales habían establecido el primer contacto con estos bienes comerciales. Es más, con el objetivo de competir con eficacia con los griegos, los fenicios también se vieron en la necesidad

de fundar colonias permanentes en el Mediterráneo occidental: Cartago, Tunicia y Útica en el norte de África, por ejemplo, Motia y Panormos (Palermo) en el oeste de Sicilia, y Gades (Cádiz) en España.

Siguiendo a los fenicios hacia el este, los griegos fueron capaces de competir con los fenicios en el papel de intermediarios en el comercio de materias primas del Mediterráneo occidental para los productos manufacturados ampliamente deseados y otros productos de Egipto, Siria/Palestina y Mesopotamia. Y a medida que aprendían de estas civilizaciones avanzadas, los griegos fueron capaces de comerciar cada vez más con productos propios —vino y aceite de oliva, procedente del desarrollo de su propia agricultura industrial, pero también bienes manufacturados, en especial objetos de metal— a medida que empezaban a superar a sus maestros en el refinamiento y la calidad de sus manufacturas. La alfarería griega, la joyería, las herramientas y las armas empezaron a ser valoradas en todo el mundo mediterráneo, de manera que los griegos ya no eran, como muy tarde hacia el año 600, sólo mercaderes intermediarios. Un ejemplo excepcional de las manufacturas griegas más valoradas son las herramientas y armas de acero carbónico que los griegos aprendieron a construir poco después de 700 a.C.

El crecimiento de las rutas comerciales, el acceso a recursos abundantes no sólo del Mediterráneo occidental sino también, a partir de la segunda mitad del siglo VII, de Egipto y la región del mar Negro (grano, madera, metales, pieles para producir cuero, pescado y esclavos), el desarrollo de una agricultura intensiva mucho más productiva y generadora de riqueza, y el crecimiento de la manufactura de cerámica y de objetos de metal en particular: todo este desarrollo económico condujo a un enorme aumento de la riqueza de los griegos, alimentó el crecimiento sostenido de la población griega, financió la expansión de los asentamientos hasta convertirse en ciudades de verdad (Atenas, Corinto, Mileto, Samos y muchas otras), e hizo posible el nacimiento de una próspera «clase media» de agricultores independientes con excedentes producidos por sus cosechas comerciales, de artesanos que manufacturaban todo tipo de productos de metal, cerámica, madera y cuero, y de mercaderes y comerciantes que facilitaban los mecanismos de intercambio que hacía todo esto posible.

Esta nueva clase próspera de agricultores, artesanos y comerciantes empezó a jugar un papel importante en la vida política y militar, además de la económica de sus comunidades. Su riqueza excedentaria les permitía afrontar el gasto del equipo militar y tener el tiempo para el servicio militar, y su independencia económica e importancia les llevó a pedir una participación política en el gobierno de sus comunidades.

Ocupándonos en primer lugar de este último punto, las evidencias —aunque poco abundantes— indican que en la primera mitad del siglo VII, las comunidades griegas estaban dominadas y gobernadas por una aristocracia más o menos hereditaria, siendo los *Eupátridas* (los de noble cuna) de Atenas los mejor conocidos. Algunas de estas aristocracias eran muy reducidas, consistiendo esencialmente en una familia extendida o *genos* (clan), como los *Baquiadas* de Corinto o los *Pentílid* de Mitilene; otras consistían en una serie de familias o clanes que competían entre ellos, como era el caso de los eupátridas atenienses. Lo que estas aristocracias tenían en común era su disfrute exclusivo del poder y el predominio en sus comunidades, y su desdén por aquellos nacidos fuera del círculo de privilegios aristocráticos. Hesiodo ya se quejaba en *Los trabajos y los días* (posiblemente hacia 700 a.C.) de la arrogancia, la codicia y (según lo veía él) la injusticia de estos aristócratas. Por otro lado, conservamos una descripción excelente de la mentalidad y la apariencia de esta aristocracia a través de la poesía del aristócrata de Megara Teognis, escrita (con toda probabilidad) a mediados del siglo VI cuando el poder y los privilegios de las aristocracias estaban en plena decadencia. Los agricultores, artesanos y mercaderes prósperos que no dependían de ninguna manera de estos aristócratas para su bienestar y forma de vida naturalmente se empezaron a resentir por estarles subordinados en el gobierno de sus comunidades. Al expresar esta insatisfacción y al hacer algo al respecto, se enfrentaron con un problema: las atrincheradas aristocracias tradicionales no iban a entregar con facilidad su poder y privilegios.

Con el objetivo de conseguir un cambio en la estructura política de control aristocrático, la nueva «clase media» necesitaba encontrar una forma para conjugar sus intereses y energías dispares, y lograr una acción unitaria. Esto no fue fácil de conseguir, pero en muchas de las comunidades griegas más prósperas y desa-

rrolladas, en ese sentido y con todas sus consecuencias, encontraron una forma de hacerlo. Empezaron a aparecer poderosos líderes individuales, en parte desde dentro de las propias aristocracias, que unieron los numerosos grupos del *demos* (pueblo) a su alrededor. El objetivo era, en esencia, sencillamente ocupar por ellos mismos el poder dominante: recordemos de nuevo que en la sociedad griega ser uno más del mejor grupo nunca era suficiente, se quería ser el mejor. Pero al movilizar a diversos elementos insatisfechos de fuera de la aristocracia para conseguir sus fines, necesariamente tuvieron que servir hasta cierto punto a los intereses de los grupos a los que habían movilizado; y con el objetivo de mantenerse en el poder una vez que lo habían ocupado, tuvieron que romper con el poder tradicional de los aristócratas.

Algunos de estos líderes poderosos fueron, según todas las apariencias, no sólo advenedizos ansiosos de poder sino verdaderos reformadores. Los griegos inventaron un término nuevo para referirse a estos nuevos gobernantes autocráticos y usurpadores: *tyrannos*, una palabra de origen no griego (posiblemente adaptada a partir de un término fenicio para designar al gobernante), que es por supuesto el origen de la palabra «tirano». Sin embargo, hay que señalar que en su origen griego el término «tirano» no tiene el sentido de «gobernante malvado, duro e injusto» que adopta en la actualidad. De hecho, los primeros tiranos griegos no fueron en absoluto tiránicos. Algunos de ellos eran recordados como gobernantes afables, justos y populares. El término tirano fue inventado en su origen para referirse de forma sencilla a un usurpador autocrático que no había llegado al poder según las reglas y normas tradicionales, oponiéndose al tradicional *basileus* («rey»), que sí accedía de esa forma y en consecuencia se veía limitado por las reglas y las costumbres tradicionales de dicha sociedad.

Algunos de estos tiranos usurpadores, que disponían de un poder prácticamente ilimitado en sus comunidades durante todo el tiempo que duró su dominio, se volvieron famosos y fueron recordados durante mucho tiempo en la memoria histórica y las leyendas griegas. Entre los más notables y de éxito se encuentran Fidón de Argos, que tiene fama de haber sido el primero de los tiranos (ca. 680-660); Cípselo y su hijo Periandro en Corinto, que gobernaron entre los dos cerca de 60 años desde alrededor de 650 hasta cerca de 590; Clístenes de Sición, que gobernó durante bastantes décadas a principios del siglo VI, hasta al menos 570; Teágenes de Megara y Trasíbulo de Mileto, que ejercieron el po-

der, hasta donde podemos saber, en la segunda mitad del siglo VII; Pítaco de Mitilene, que se dice que ejerció el poder durante diez años antes de abdicar y regresar a la vida privada (algo único), muy probablemente a principios del siglo VI; Polícrates de Samos, muy conocido de los lectores de Herodoto como un gobernante destacable, poderoso y enérgico en las décadas de 530 y 520; y Pisístrato y sus hijos en Atenas, que ejercieron el poder desde 547 hasta su expulsión en 510. Se conocen otros muchos tiranos de este período de los siglos VII y VI, que a veces recibe el nombre de la «era de los tiranos» por estos déspotas característicos. Sin embargo, de la mayoría de ellos sólo conocemos una o dos anécdotas, y muchos de ellos no son para nosotros más que nombres. Los historiadores han gastado mucha tinta sobre la cuestión de por qué aparecieron tantos tiranos en un período de sólo cuatro o cinco generaciones, y cuál era el significado o el propósito de estas tiranías. A pesar de las controversias planteadas desde hace tanto tiempo, no parece que realmente se haya avanzado demasiado en el tema.

Los profundos cambios económicos, sociales y culturales que tuvieron lugar en las comunidades griegas en proceso de desarrollo y urbanización bajo el impacto del contacto con el más amplio mundo del Mediterráneo y, en especial, del Oriente Próximo estaban destinados a tener un efecto en las estructuras políticas de las comunidades griegas. Las antiguas maneras de hacer las cosas, las viejas elites con sus códigos y apariencias tradicionales no podían seguir dominando sus comunidades sin sufrir cambios. Pero, como ocurre habitualmente con las elites atrincheradas, se oponían al cambio político, que sabían que sólo se podía producir a sus expensas. Y desde luego tenían razón en temerlo, teniendo en cuenta que los nuevos y emergentes elementos de clase media de la sociedad no podían ganar una participación sustancial en el poder político excepto a expensas del tradicional poder aristocrático.

Fue la oposición de estas elites atrincheradas al cambio político lo que obligó a aquéllos decididos a forzar el cambio a reunirse alrededor de líderes poderosos que, al ocupar el poder supremo autocrático, podían romper el monopolio de las elites atrincheradas y facilitar los cambios que se necesitaban. El proceso difiere de lugar en lugar, y no se puede concluir que todos los tiranos intentasen implantar reformas; pero en todas partes, incluso donde los tiranos surgieron de un largo conflicto interno de la aristo-

cracia como en Mitilene, la consecuencia fue un debilitamiento considerable de las aristocracias tradicionales. Fueran cuales fuesen sus objetivos y ambiciones personales, los tiranos se vieron necesariamente amenazados por los aristócratas tradicionales que se oponían a su poder autocrático, y se vieron obligados a debilitar a los aristócratas con el objetivo de seguir aferrados al poder.

Herodoto relata una famosa historia sobre este tema. El tirano de Corinto Periandro, sintiendo que su control del poder era demasiado débil para sentirse cómodo, envió un mensajero a su amigo el tirano Trasíbulo de Mileto para buscar consejo sobre la mejor forma de fortalecer su control del poder. Trasíbulo, en lugar de responder a la pregunta del enviado, se lo llevó a dar un paseo por los alrededores de la ciudad de Mileto. Durante la caminata, Trasíbulo interrogó profundamente al enviado sobre las condiciones en Corintio y, para sorpresa del mensajero, utilizaba el bastón para cortar la parte superior de las espigas de grano más altas mientras atravesaban los campos de trigo. Finalmente regresaron a Mileto y Trasíbulo envió de vuelta a Corinto al mensajero de Periandro sin ofrecerle ningún consejo verbal. Sin embargo, cuando Periandro escuchó con detalle el relato del comportamiento de Trasíbulo de boca de su enviado, captó enseguida el significado de la forma de actuar del tirano de Mileto: al cortar las espigas de grano más altas, Trasíbulo estaba aconsejando a Periandro que se librara de los hombres más prominentes —en el sentido de más ricos y con mayor influencia— de Corinto, porque esos eran los hombres que podían amenazar su poder. Y esto es de hecho lo que hicieron no sólo Periandro y Trasíbulo sino la mayoría de los tiranos. Los aristócratas y otros hombres prominentes fueron exiliados o asesinados, y la mayor parte o a veces la totalidad de sus propiedades fueron confiscadas y distribuidas entre los que apoyaban al tirano —habitualmente hombres más pobres— o utilizadas con otros propósitos.

Los cambios que ocurrieron en el mundo griego, como podemos ver con el beneficio de la perspectiva del tiempo, marcaban la tendencia al crecimiento en el número, la riqueza relativa y la importancia política de lo que he llamado, a falta de un término mejor, la nueva «clase media» de agricultores independientes, artesanos y mercaderes, aunque también se produjo un crecimiento significativo de nuevos ricos. Tanto los nuevos ricos como la «clase media» se oponían al control exclusivo del poder político por parte de los aristócratas e intentaban quebrar este monopolio.

Además, se estaba produciendo un proceso de formación estatal: las comunidades pequeñas, mal articuladas y con frecuencia bastante dispersas de los primeros tiempos estaban dando lugar a comunidades más grandes, más estrechamente estructuradas y urbanizadas que empezaron a establecer una idea de ciudadanía y sistemas de gobierno de manera que podemos empezar a llamar a estas comunidades «estados». El proceso fue desigual, y realmente no consiguió prosperar en la Grecia central y del norte, pero en las regiones más desarrolladas del sur y el este de Grecia, y en las colonias, de la misma forma que la urbanización y el crecimiento económico creó *poleis* (ciudades), los cambios políticos que acabo de mencionar convirtieron a estas ciudades en ciudades-estado. Aquí de nuevo las aristocracias atrincheradas, con su resistencia a una autoridad central y la insistencia en el poder más o menos independiente de su propio *oikoi* (familias, propiedades), también entorpecían el camino. Tanto para facilitar el desarrollo ulterior de la «clase media» y de nuevas elites, como para permitir el proceso de centralización, unificación y elaboración de estructuras de gobierno, había que debilitar a las antiguas aristocracias. Y este es el papel que jugaron los tiranos, ya fuera como reformadores deliberados que tenían cierto control sobre lo que estaba ocurriendo, o ya fuera incidentalmente como simples detentadores del poder que ayudaron a introducir los cambios necesarios por puro accidente. Por supuesto, en cuanto la aristocracia se vio debilitada y/o se hubieron introducido reformas importantes, la emergente «clase media» y las nuevas elites ya no tuvieron más necesidad de los tiranos; y, en consecuencia, resultó raro que el gobierno tiránico perdurase en cualquier comunidad como mucho unas pocas décadas antes de ser derrocado.

La Grecia que surgió de la «era de los tiranos» ya no era una Grecia de comunidades pobres, dispersas y desunidas, dominadas por aristocracias atrincheradas, sino que en su lugar —al menos en las regiones más desarrolladas que se acaban de mencionar— aparecían unas regiones de ciudades-estado estrechamente unificadas en las que la participación política (ciudadanía) se había extendido por la escala social hacia un amplio segmento medio de miles de agricultores y mercaderes. Estos griegos de las ciudades-estado estaban orgullosos de su ciudadanía, siendo participantes altamente patrióticos y activos en el proceso de gobierno de sus estados. Habían desarrollado códigos de leyes escritas, disponibles para que las pudieran leer todos los ciudadanos alfabeti-

zados; y la alfabetización se había convertido en una cualidad valiosa en todo ciudadano que se respetase, que no quería que nadie le pudiera mirar por encima del hombro. Habían desarrollado sistemas de gobierno bien definidos: magistrados anuales para que gestionasen el día a día de la comunidad, consejos de estado para controlar a los magistrados y para asegurarse que no sobrepasasen su autoridad, y asambleas públicas en las que la masa de los ciudadanos podía expresar sus preocupaciones y sus opiniones. Habían desarrollado un sistema militar nuevo, basado en milicias ciudadanas autoequipadas y automotivadas. Y como estas milicias y su forma de hacer la guerra eran cruciales para permitir que estas «clases medias» tuvieran la presencia y el poder para conquistar y mantener su papel político en las ciudades-estado, y para proporcionar la fuerza disciplinada y motivada necesaria para oponerse al poder del Imperio persa, vamos analizar con mayor detenimiento este nuevo estilo de hacer la guerra y cómo fue posible su aparición.

LA NUEVA FORMA HOPLITA DE HACER LA GUERRA

La forma de hacer la guerra descrita en la épica militar de Homero y el estilo de hacer la guerra descrito con considerable detalle en los historiadores del siglo v, Herodoto y (en especial) Tucídides son fundamentalmente diferentes, y las diferencias son un reflejo de los principales cambios económicos, sociales y políticos. La guerra homérica es un estilo de guerra aristocrático. Aunque la *Iliada* describe ejércitos masivos de griegos y troyanos combatiendo en batallas campales, queda claro que la mayor parte de los soldados en estos ejércitos tienen muy poca importancia real. Se hace una distinción clara entre los «combatientes de vanguardia» y las masas de soldados de apoyo, y resulta evidente que la base de esta distinción es el equipo. Los «combatientes de vanguardia» vestían yelmo de bronce, coraza y grebas (protectores de las espinillas), y llevaban un gran escudo de madera cubierta con capas de cuero de buey. Este equipo defensivo les permitía colocarse en el frente de batalla y enfrentarse a los guerreros enemigos con confianza: el arma habitual era una lanza corta que se podía usar tanto para empujar como para lanzar, aunque la espada era un importante arma de apoyo. Además, los guerreros principales eran propietarios de carros tirados por grupos de dos o

cuatro caballos, en los que iban hacia la batalla y volvían de ella, y les permitía moverse por el campo de batalla de un punto de combate a otro, de una forma notablemente similar a los carros británicos descritos en los libros 4 y 5 de *La guerra de las Galias* de César.

El coste de todo este equipo era muy alto: el coste de una panoplia sencilla de armadura se estimaba en el valor de nueve bueyes (*Iliada* 6.234-6.236), lo que significaba que sólo los hombres ricos se podían permitir equiparse con esta armadura. Y la cría de caballos durante toda la historia de Grecia fue una afición que sólo se pudieron permitir los realmente muy ricos. La mayoría de los soldados, equipados y blindados de forma mucho más ligera, se quedaban detrás y apoyaban a sus líderes aristocráticos, «combatientes de vanguardia», con toda una serie de armas arrojadas —arcos y flechas, hondas, piedras— y avanzaban para ofrecer su apoyo sólo cuando los aristócratas habían matado o expulsado del campo a los «combatientes de vanguardia» enemigos y estaban presionando sobre las filas enemigas.

Bajo estas circunstancias, las batallas eran asuntos esporádicos, desestructurados y desorganizados. Los ejércitos tenían poco orden o disciplina. Los «combatientes de vanguardia» aristocráticos se retaban individualmente a través de la «tierra de nadie» y se enzarzaban en duelos, mientras que sus séquitos de compañeros y soldados ordinarios les daban apoyo con sus misiles y gritos. Los soldados avanzaban o retrocedían según los cambios en la fortuna de la batalla. A veces grupos de guerreros abandonaban las filas para descansar; otras veces se reunían en filas apretadas para apoyar a su líder enzarzado en un duelo o que intentaba quitar el equipo a un enemigo que había matado. Los aristócratas se movían libremente por el campo de batalla, buscando a oponentes dignos, alejándose de cualquier confrontación que pudiera parecer peligrosa, o lanzándose hacia cualquier combate que pareciera prometedor. La victoria y la derrota venían realmente determinadas por la muerte o la retirada de los líderes clave, de manera que el resto de los soldados avanzaba o se retiraba según el éxito o el fracaso de sus líderes.

La batalla era, en esencia, un medio para que los líderes aristocráticos pudieran afirmar su posición en sus propias comunidades, aumentaran su honor, y probaran su «excelencia» (*aristeia*) a costa de los líderes enemigos o en comparación con los campeones aliados. No es necesario decir que sociedades que conducían la guerra de esta forma no podían tener la más mínima esperanza

de resistir frente a los ejércitos grandes, altamente organizados y bien equipados y disciplinados de un imperio como el de los persas. Y vale la pena señalar que aquellas partes de Grecia que no desarrollaron ciudades-estado y todos los cambios políticos y militares que las acompañaron —el norte y el centro de Grecia, es decir, donde las comunidades siguieron poco organizadas y dominadas por la aristocracia— se rindieron ante los persas sin luchar cuando se produjo la gran invasión.

Sin embargo, en el sur y el este de Grecia, los cambios económicos y sociales del siglo VII condujeron a una forma fundamentalmente diferente de conducir la guerra. Tres elementos cruciales hicieron posible los cambios: el desarrollo de nuevas armas que eran más adecuadas a un estilo de hacer la guerra más disciplinado y colectivo; el comercio con los metales del este y del oeste que provocó que los objetos de metal estuvieran mucho más fácilmente disponibles en Grecia y, en consecuencia, fueran significativamente más baratos de adquirir; y la aparición de la próspera «clase media» que estaba lo suficientemente acomodada para poderse permitir un equipo militar y tenía la suficiente participación en la sociedad para desplegar la voluntad de jugarse la vida por el bien común. Aunque sin duda la coraza de bronce o corselete se desarrolló y abarató en este período del siglo VII, los cambios cruciales en el equipamiento fueron la aparición de nuevos escudos, yelmos y lanzas.

Poco después de 700, el «escudo argivo» —llamado así posiblemente porque fue inventado en Argos— se empezó a extender como el escudo favorito de los guerreros griegos. Mientras que el homérico escudo de cuero de buey se sostenía mediante un agarre central y una correa alrededor del cuello, y ofrecía sólo una protección limitada contra lanzadas fuertes, el nuevo escudo era más pesado y fuerte, y se sostenía por un nuevo tipo de agarre. El escudo argivo estaba construido con un núcleo de madera sólida fuertemente reforzada con bronce: como mínimo un borde y un umbo central de bronce, pero con mayor frecuencia la parte frontal estaba completamente recubierta de bronce. Perfectamente redondo y de aproximadamente un metro de diámetro, este escudo de madera y metal era demasiado pesado y difícil de manejar para manipularlo con un agarre central o llevarlo colgado con una correa alrededor del cuello. En su lugar se debía sostener con un agarre doble: en el centro de la cara interior del escudo se encontraba una banda de metal (llamada *porpax*) por la que se pasaba el

brazo izquierdo hasta el codo; y en el borde del escudo se encontraba un asa para la mano llamado *antilabe*. Al sostener el escudo con este doble agarre, el brazo izquierdo quedaba totalmente ocupado; pero el escudo era lo suficientemente fuerte para ofrecer una protección excelente contra cualquier arma arrojada e incluso contra lanzazos muy fuertes. Pero aun así el peso era un desafío para el brazo izquierdo, de manera que el escudo tenía una forma muy cóncava que permitía colocar el hombro izquierdo dentro del hueco del escudo y descansar el borde sobre él, y de esta manera se podía llevar la mayor parte del peso sobre el hombro. Como el brazo izquierdo sostenía el escudo desde su centro hasta el borde derecho, casi la mitad del escudo sobresalía a la izquierda del guerrero, inútil para el portador del escudo pero ofreciendo protección al hombre que estuviera pegado a su lado izquierdo. Fue esta característica la que animó a los guerreros griegos a desarrollar una formación (la falange) que implicaba a miles de hombres que formaban juntos en líneas rectas con los escudos sobreponiéndose, como veremos más adelante.

En este mismo período, después de 700, un nuevo tipo de yelmo, el llamado casco corintio, se volvió cada vez más popular hasta que se convirtió en el yelmo habitual de la infantería pesada griega. Este yelmo, batido a partir de una sola lámina de bronce, cubría toda la cabeza a partir del cuello, incluyendo la mayor parte de la cara. Ciertos cortes creaban los agujeros para los ojos y dejaban libres la boca y los agujeros de la nariz. Un gorro de fieltro y/o cuero o una tela de fieltro era necesaria para proteger el interior del casco. Cuando se ponía sobre la cabeza ofrecía una protección de primera clase para toda la cabeza contra cualquier tipo de arma. Pero por otro lado, limitaba la visión que se reducía directamente al frente y amortiguaba considerablemente la audición. Por eso, normalmente lo llevan levantado sobre la coronilla hasta momentos antes de la batalla, cuando se bajaba para cubrir la cabeza y la cara como prácticamente lo último que hacía un guerrero antes de enfrentarse al enemigo. Finalmente, en oposición a la lanza homérica que, como servía tanto para lanzarla como para golpear con ella, debía ser relativamente ligera, se adoptó una lanza larga y pesada que sería exclusivamente para golpear. Fabricada habitualmente en madera de cornejo, la lanza tenía más de dos metros de largo. Disponía de una hoja de metal que podía medir hasta treinta centímetros de largo y una pesada pica en el otro extremo que servía como contrapeso, diseñada en

parte para mantener en equilibrio la punta de la lanza cerca de su extremo opuesto, y en parte para permitir que incluso una lanza rota se pudiera utilizar como arma.

Junto con estos tres elementos, el infante pesado griego completamente armado u hoplita, llevaba grebas de bronce sobre las espinillas, desde los tobillos hasta las rodillas; una coraza de bronce que cubría todo el torso (aunque después de 550 los corseletes fabricados en materiales más ligeros se volvieron más populares, puesto que el escudo ofrecía una protección tan excelente para el torso); y llevaba, como arma secundaria, una espada corta pero muy afilada, habitualmente de poco más o menos cuarenta y cinco centímetros de largo. Equipado de esta forma, con grebas, coraza, yelmo, escudo, lanza y espada, el hoplita griego llevaba sobre su persona alrededor de treinta kilos de equipo. La armadura y el escudo limitaban de forma importante su movilidad, haciéndolo relativamente lento y pesado; y el casco le reducía grandemente la visión y la audición. Para compensar estos inconvenientes, el guerrero equipado de esta forma era hasta cierto punto bastante invulnerable a recibir daños de un ataque frontal. Cara a cara con un guerrero con un equipo más ligero, podía rechazar con facilidad los golpes del enemigo, parándolos con el escudo o con el yelmo, y un golpe con la lanza pesada —ya fuera por encima o por debajo del brazo— podía producir un daño considerable.

Es posible que esta panoplia, que encontramos por primera vez completa poco después de 700, fuera desarrollada para los guerreros aristocráticos y sus duelos: dos campeones enfrentados y embutidos en esta armadura podrían haber mantenido un duelo muy satisfactorio y con frecuencia con una amenaza muy limitada a la vida de ambos. Sin embargo, muy pronto debió quedar claro que un hombre con armamento ligero enfrentado a semejante hoplita en solitario, podía fácilmente deslizarse a su alrededor, sortear el escudo y escabullirse fuera de su ángulo de visión, derribándolo desde un lado o desde la espalda con una cuchillada o con cualquier otro arma aplicada al cuello o a los muslos.

En consecuencia, visto como equipamiento para guerreros individuales que operasen al estilo homérico, la panoplia hoplita era de utilidad limitada. Semejante guerrero necesitaba tener un grupo de compañeros protegiendo sus flancos y retaguardia con el objetivo de sobrevivir contra soldados más móviles. Sin embargo, miles de guerreros equipados con esta panoplia y operando juntos de una forma disciplinada, ofrecían una oportunidad inte-

resante. Pero antes de poder aprovechar esta oportunidad, fue necesario que un millar de hombres en al menos un estado griego pudieran adquirir esta panoplia. Esto fue posible gracias el menor coste de los objetos de metal como consecuencia del desarrollo de las redes comerciales griegas y de la especialización económica griega, en este caso en la metalurgia; y gracias al crecimiento de la «clase media» de pequeños agricultores y mercaderes prósperos a los que me he referido más arriba, hombres que tenían suficiente riqueza excedentaria para permitirse comprar un equipo para ellos mismos. Porque los guerreros griegos se tenían que equipar ellos mismos: ningún estado griego ni ningún líder griego tenían los recursos para equipar a miles de guerreros a sus expensas. Sin embargo, como el estatus marcial y el equipamiento militar estaban estrechamente relacionados, y como un estatus marcial más alto y mayor valentía conferían mayores honores y estatus en la comunidad, los pequeños agricultores y mercaderes que se lo podían permitir se equiparon con la nueva armadura y el nuevo armamento. Dotados con el mejor equipo militar, estos hombres podían y de hecho empezaron a pedir mayor voz en la vida política de sus comunidades, y resulta bastante plausible que se haya sugerido que estos hombres recién equipados con la panoplia hoplita constituyeron un elemento crucial al apoyar la ascensión de al menos algunos de los primeros tiranos. A largo plazo, se puede argumentar legítimamente que en las ciudades-estado griegas el desarrollo de la ciudadanía y de la propiedad del armamento fueron de la mano.

Sin embargo, en términos militares, miles de hombres con armadura hoplita seguían siendo una masa indisciplinada, y seguirían siendo una masa tan caótica hasta que alguien encontrase una organización táctica y un sentido de la disciplina que pudiera crear un orden e hiciera más efectivos a los guerreros. No se sabe cómo ocurrió exactamente, y su proceso de adopción debió ser lento e irregular, pero se creó un nuevo orden táctico que convirtió a estos hoplitas griegos en una unidad altamente disciplinada y efectiva en el campo de batalla: la llamada formación en falange. Una falange hoplita en su forma completamente desarrollada, como la encontramos en las batallas descritas por Herodoto y Tucídides, era una masa rectangular de soldados formados en columnas y filas precisas de hombres. Como una formación similar aparece representada en un vaso corintio pintado de mediados del siglo VII, conocido como Vaso Chigi, podemos deducir que

esta formación táctica fue inventada poco antes de 650 a.C. Las claves de la formación eran la parte izquierda del escudo argivo que sobresalía, proporcionando cobertura a un hombre que se encontrase a la izquierda del hombre que llevaba el escudo, y la naturaleza del terreno griego.

Cuando miles de hombres formaban en filas precisas, una detrás de la otra, de manera que los hombres en las filas sucesivas se encontraban con precisión detrás de un hombre en la fila delantera —formando columnas de hombres uno detrás del otro, a la vez que filas de hombres uno al lado del otro— el resultado fue una unidad organizada de soldados que presentaba un muro de escudos sin fisuras al enemigo que tenía delante, puesto que cada hombre en la línea de vanguardia no sólo estaba protegido por su propio escudo sino también, en su lado derecho, por la porción que se proyectaba del escudo del hombre a su derecha. Los escudos, y el resto de la armadura, y las filas sucesivas de hombres dispuestos a dar un paso adelante y rellenar cualquier hueco en la línea de vanguardia, significaba que una falange de hoplitas era extremadamente difícil de vencer siempre que no se la pudiera flanquear y su retaguardia permaneciera segura. Y como el terreno griego consiste básicamente en llanuras pequeñas y estrechas separadas entre ellas por barreras montañosas y brazos de mar, y cortadas por barrancos, resultaba bastante fácil formar una falange, sin importar su tamaño, en un lugar en el que hubiera tanto un terreno llano para luchar, como barreras naturales a ambos lados que protegiesen sus flancos vulnerables.

Varios miles de hombres equipados como hoplitas y formados en falange podían resistir prácticamente en cualquier punto de Grecia, siempre que escogiesen el terreno adecuado; y mientras resistieran con firmeza eran prácticamente invencibles, excepto por otra falange de hoplitas mucho más disciplinados. Este tipo de guerra no proporcionaba la oportunidad para ningún tipo de heroicidades individuales ni para la épica de la guerra homérica. En su lugar se basaba en la solidaridad comunitaria, en una disciplina de hierro y en el coraje obstinado de mantener el terreno bajo presión, más que en el valor brillante de dos campeones en pleno duelo. Se trataba de una forma de hacer la guerra intrínsecamente igualitaria, puesto que cada guerrero hoplita tenía más o menos el mismo valor, y cada uno de ellos tenía la misma tarea: mantener la posición en la fila y en la columna de manera que la formación se mantuviera intacta. Era la formación ideal para la

«clase media» de griegos independientes de las ciudades-estado: expresaba perfectamente su sentido de pertenencia y de compromiso con su comunidad y todo lo que representaba, y su voluntad como miembros activos de sus comunidades a levantarse en defensa de la *polis*. Cuando dos de estas falanges se encontraban en la batalla, el combate era esencialmente un pulso de empujones cuando las dos líneas de vanguardia se encontraban y presionaban los escudos los unos contra los otros, y literalmente intentaban empujar al enemigo hacia atrás. Evidentemente se intentaban lanzazos por encima o por debajo del escudo enemigo, pero eran de una efectividad limitada porque sabemos que las bajas en la mayoría de las batallas hoplitas fueron reducidas: los guerreros iban demasiado bien protegidos para ser vulnerables. Por otro lado, si una falange hoplita en el terreno adecuado se enfrentaba a una fuerza con un equipo más ligero, lo más sencillo era que pasase como un rodillo por encima y a través de esa fuerza más ligera; y las cargas de caballería eran inútiles contra una falange hoplita siempre que se produjeran de frente (no desde un lado) y mientras la falange mantuviera el terreno. Enfrentados al extenso muro de escudos sin fisuras, los caballos sencillamente rehusaban y se negaban a cargar directamente contra un obstáculo que no veían forma de superar o atravesar.

Resulta evidente que la formación en falange debió ser inventada e introducida por algún reformador. Formar una unidad disciplinada de filas y columnas precisas, y avanzar hacia el combate en semejante formación es una actividad totalmente artificial. Los hombres no se alinean de forma natural entre ellos formando líneas precisas, o forman filas disciplinadas, como demuestra a primera vista cualquier multitud. Alguien tuvo que imponer este orden, de la misma forma que cualquier otra innovación artificial en la táctica militar a lo largo de la historia ha sido la obra de un reformador: por ejemplo, la formación en cohorte en la táctica militar romana fue impuesta por Cayo Mario, y la instrucción y las formaciones de la guerra moderna fueron inventadas e impuestas a finales del siglo XVI y principios del siglo XVII por generales como Mauricio de Nassau y Gustavo Adolfo. En la Grecia del siglo IV a.C. sabemos que la nueva falange de sarisas de los macedonios fue inventada e impuesta por el rey Filipo II. Un reformador militar tan destacado e inventivo debió encontrarse tras la primera falange hoplita en la historia griega, pero no sabemos quién fue, ni cuándo ni dónde estableció este sistema militar que tuvo tanto éxito.